

DEBATE ▶▶

La democracia debió generar una política exterior que intentara suturar el retroceso que produjo la guerra. Revalorizar la diplomacia de los años 60 fue una vía. Buscar reinserción en el mundo fue otra.

Políticas de Estado para Malvinas

Raúl Alfonsín
EX PRESIDENTE DE LA NACION

Defender la posición tradicional argentina

Un cuarto de siglo después de que la última junta del Proceso militar decidiera invadir las Islas Malvinas para intentar salvar, con ese supuesto "acto patriótico", la **descomposición de una terrorífica dictadura**, aún continúan presentes la **muerte y la mutilación física y psicológica de los miles de jóvenes argentinos enviados al archipiélago** para pelear una guerra perdida desde el principio.

Durante décadas hubo un diálogo de sordos entre la Argentina y el Reino Unido. La postura de Londres era mantener la disputa congelada e ignorada por la opinión internacional.

Con instrucciones precisas impartidas por el presidente Arturo Illia, en 1965 los jóvenes diplomáticos de la misión argentina ante las Naciones Unidas, conducidos por el embajador Lucio García del Solar, habían detectado, siguiendo los debates en la Comisión de Descolonización, la **posibilidad de utilizar el párrafo seis de la Resolución 1514** —la Carta Magna de la descolonización— para plantear la **cuestión Malvinas en forma diferente**. Ese párrafo se opone al quebrantamiento de la unidad nacional y de la integridad territorial de un país.

Con la ardua labor de la Cancillería, encabezada por Miguel Ángel Zavala Ortiz, y de las embajadas argentinas en todo el mundo, se logró obtener una **masiva adhesión a la citada resolución**, que obtuvo el apoyo de 94 países, entre ellos varios de Europa Occidental, y la abstención de Estados Unidos.

En cambio, los dos miembros caribeños del Commonwealth, Jamaica y Trinidad y Tobago —cuyo ingreso al Grupo Latinoamericano, se recordará, había liderado la Argentina—, votaron a favor.

El alto porcentaje de apoyos se debió a que las partes se comprometerían a **buscar una solución por medios pacíficos**. Al mismo tiempo se logró que el nombre Islas Malvinas se incorporase a todos los documentos del organismo, donde sólo figuraban como Falklands.

Este logro diplomático, echado luego por la borda con el ataque suicida contra el Reino Unido, permitió un avance impresionante: el caso de las Malvinas de golpe se hizo conocer, como el de Gibraltar, en todas las cancillerías y medios especializados en relaciones internacionales.

Además, el Reino Unido se vio obligado a aceptar desde entonces un proceso de negociaciones con momentos en que la Argentina estuvo al **borde de obtener la transferencia**

de la soberanía.

Por supuesto, se alternaron momentos de frialdad y de tensiones, lo que es natural cuando un país de rango medio procura torcer la voluntad de una gran potencia.

La guerra del Atlántico Sur nos alejó del camino señalado por la Resolución 2065, y si bien no pudo alterar la justicia del reclamo argentino, le brindó al Reino Unido argumentos para seguir justificando su ocupación ilegal y su negación al diálogo directo entre las partes sobre el tema soberano.

Durante nuestro gobierno (1983-1989) se avanzó en el ámbito multilateral, obteniendo el respaldo de la comunidad internacional en las Naciones Unidas y en otros foros, que propiciaba el diálogo directo como método de solucionar la disputa de soberanía.

Lamentablemente, **no fue posible establecer un contacto bilateral directo** con el gobierno británico reclamaba el previo y expreso abandono, por parte de la Argentina, del reclamo de soberanía.

El cambio de administración, en 1989, trajo **cierta confusión** en cuanto a la disposición argentina a dejar de lado, bajo la protección de una fórmula de resguardo de soberanía, este tema y avanzar en otras materias como la explotación de hidrocarburos y pesca, incluyendo la llamada "política de seducción".

Los gobiernos posteriores, a partir del 10 de diciembre de 1999, han reiterado adecuadamente la **posición tradicional argentina** ante la comunidad internacional y, en particular, ante los órganos competentes de la ONU.

Carlos Menem
SENADOR NACIONAL, EX PRESIDENTE DE LA NACION

Debemos evitar la retórica anacrónica

Que los argentinos no dejaremos caer jamás el objetivo histórico de que nuestra bandera flamee en las Islas Malvinas es un dato que ni el Reino Unido ni el mundo desconocen. Ese mensaje que resume una **voluntad colectiva sostenida a lo largo de generaciones** quedó inscripto en nuestra Constitución en la reforma que impulsamos en 1994.

La misión de los gobiernos y del sistema político reside no meramente en **verbalizar la reivindicación, sino en encontrar los caminos eficaces y virtuosos** que permitan aproximarse a la meta fijada, hasta alcanzarla.

De algo podemos tener la más plena certeza: **una Argentina aislada, descolgada de la región y del mundo no podrá conseguir el objetivo**. En su célebre conferencia de 1953 en la Escuela Superior de Guerra, cuando explicó su estrategia destinada a unir a Argentina, Brasil y Chile en el proyecto del ABC, el general Perón aseveraba con razón que "la Argentina sola no es nada". El trabajaba para que **pudiésemos tener voz y voto en el escenario mundial**.

En la década del 90, cuando pusimos en movimiento el Mercosur y nos insertamos activamente en el mundo en tanto país confiable de una región confiable, cuando asumimos compromisos y responsabilidades en los esfuerzos internacionales por diseñar un mundo mejor tras la caída del Muro y el fin de la llamada Guerra Fría, comenzamos a **crear las condiciones para poder tratar con el Reino Unido la cuestión de la soberanía de las Islas** y dimos pasos firmes en ese rumbo.

Eramos conscientes de que la Argentina

había retrocedido enormemente tras la derrota militar de 1982, en una guerra que ni siquiera había sido planificada; una guerra en la que el valor de los combatientes y el fervor de la ciudadanía fueron malversados por quienes actuaron sin responsabilidades y pensaron en pequeño.

Eramos conscientes de que **esa derrota era la coronación de políticas de aislamiento del mundo**. Y sabíamos que jamás conseguiríamos los objetivos nacionales (y entre ellos nuestro soberano regreso a las Islas) si no fortalecíamos a la Argentina y la ubicábamos con seriedad y vigor en las tendencias centrales de un mundo que, en la década del 90, tomaba nuevos perfiles.

Hoy, lamentablemente, **hemos retrocedido**. Perón nos enseñó que la que "la única política importante es la política internacional que se juega adentro y afuera de los países". La actual administración parece guiarse por la fórmula inversa: **sólo miran la región y el mundo con la lente de la pequeña política doméstica en su versión más lipituyente**.

Con los ojos presuntamente puestos en sus fines electorales convirtió, por ejemplo, hace algunas semanas a la Argentina en el teatro de operaciones para el desarrollo de una provocación internacional contra el gobierno de Estados Unidos y también contra los gobiernos de Brasil y de Uruguay, que recibían a George Bush mientras Hugo Chávez lo insultaba desde territorio argentino. Entretanto, llevamos meses de una riña incomprensible con Uruguay.

En América del Sur existen hoy dos grandes tendencias. Por un lado, están los que, desde distintos encuadramientos ideológicos o doctrinarios, plantean una estrategia de integración en la economía mundial. En esa línea se encuentran Brasil, Chile, Colombia, Uruguay y Perú. Por el otro lado, están los partidarios de una retórica de confrontación estéril y anacrónica.

¿Dónde está la Argentina con esta administración? La respuesta más apropiada es que **no está en ningún lado**. Porque esta Argentina ha desaparecido del escenario internacional. Todo lo contrario de lo que ocurrió durante la década del 90.

Sólo recuperando con vigor esa presencia regional e internacional y con la fuerza que surge de la concordia interna, del crecimiento y de la asociatividad responsable podremos cumplir los objetivos de la patria.

Sólo así podremos reintegrar las Islas. El resto son palabras, palabras, palabras.



HORACIO CARDO